

- Y no se atrevió á proseguir Tigelino.
- ¿Cuál cosa teme?
- No me atrevo á decirla,
- Dila.
- No puedo.
- Dila.
- Nerón, mándame cualquier cosa menos que llegue á repetirte yo lo dicho á ese respecto por Popea.
- Dilo, y no me impacientes.
- Lo diré.
- Sea en buen hora: dilo.
- Que..... Perdona, no puedo.
- ¿Que mi madre quiere ser también mi esposa?
- Tú lo dijiste.

— Ahuyentemos del pensamiento esa idea y no volvamos á recordarla. Pero tendréla en cuenta para decretar el castigo que merece. Desde los comienzos de mis tentativas para el anudamiento de relaciones con Popea, hele hecho sentir á mi madre todo el peso de la cólera que despertaba en mi ánimo su oposición cruel á mis nuevos amores y su traidor protectorado á Octavia y á Británico. La he alejado del Palatino y del Palacio. Hela recluído en la casa célebre de Antonia, donde vive sin corte y sin cohorte. Cuando está en la campiña, le pongo el número de obstáculos posible para que á Roma no vuelva; y cuando vuelve, la espoleo para que se vaya. En el teatro se le dirigen sangrientos versos que yo inspiro. Los aficionados á litigar le ponen pleitos por un quitame allá esas pajas. La desacatan los hijos innumerables de sus víctimas. Escriben libelos contra su persona y los deajo. La insultan en el paseo y le cantan injuriosas canciones á la puerta de su palacio y en los setos de sus jardines; á nadie se ha castigado. De esto á la muerte no hay más que un paso, y lo daré, pero después que se haya Othón ido y que haya pasado yo tres días consecutivos con tres noches en casa de Popea.

— Los pasarás; yo te lo afirmo.

— Pues que llamen á Locusta.

El viborezno abría las fauces y afilaba el áspid para picar á su madre, la víbora.



CAPITULO XIII

EN BAYAS

Nerón había visto huir á Lusitania, so capa de gobernador, al audaz propietario de Popea, y había pasado en compañía de ésta las horas nocturnas y diurnas que le dió la gana, bajo el propio techo de tan hermosa mujer. Así quedaba sereno su ánimo, y puesta por obra la realización de un deseo, á cuyos aguijonazos se había movido en larga temporada y desvelándose muchas noches continuas y seguidas. Pero nunca obtuviera semejante logro sin un pacto anterior con Popea, en el cual pacto, cumplidas las obligaciones de ésta, quedaban por cumplir las obligaciones suyas. Reducíanse á tres: primera, deshacerse de Agripina; segunda, desasirse de Octavia; última, casarse con Popea. Entre tales obligaciones había unas más cumplideras y otras menos cumplideras. El cumplimiento de la última dependía del cumplimiento de la segunda; pero imponíase por mil razones el retardo de ambas, al fin de arremeter con la primera y mayor, con la muerte y sacrificio de Agripina, intento de suma dificultad, aun dado el poder de Nerón, por la mucha fuerza que tenía en sí Agripina y la mucha influencia de que gozaba en el Estado y en el palacio. Mas las últimas insolencias lanzadas á los cortesanos, la pasión de Popea metida en africanos odios, el golpe de injurias asestado á Séneca, la ruptura con los pretorianos, la terrible idea del incesto, por tales modos habían perdido á la infeliz Agripina en concepto de su cachorro, que la senten-

ció á muerte con inapelable sentencia, concentrando todo su pensamiento y toda su voluntad en el aquistamiento de los medios indispensables á cumplirla. Necesitaba mayores precauciones para llevar á término este plan horroroso contra su madre que para llevar á término el horroroso antiguo plan contra su hermano. Precisaba matarla sin advertirle por impaciencia ninguna la triste amenaza que sobre su frente se cernía y aleteaba. En tal concepto había decidido redoblar con las tentativas arteras de premeditado parricidio las caricias mentidas de amor filial. Así, en cuanto salió del palacio Popea, se dirigió al palacio Antonia. Y en cuanto al palacio Antonia llegó, echóse con verdadero alborozo en brazos de su madre y la besó con transportes filiales. Agripina, un tanto engañada por aquella explosión de cariño, aprovechóla para conseguir algo de Nerón, y le pidió su reingreso en el Palatino y en el palacio. Nerón le aseguró que ninguna súplica podía dirigirle tan aceptable para él, ni tan próxima de aceptación. Mas, para que no volviesen á disidencias dañosas y á separaciones continuas, había de preparar la hechura del reingreso y compaginarla con lo anteriormente sucedido. Pero, aplazando esta coronación de la obra por un plazo brevísimo, creyó de su deber avenirse á cuanto quisiera y satisfacer todas las súplicas que le manifestara. El disimulo llegó á tales extremos en el taimado que, á pesar de conocerlo cual su madre lo conocía, creyóle de nuevo sumiso, y empezó á pensar en la satisfacción de sus venganzas así que obtuviera el reintegro en su influjo. No cayera la cuitadísima en tal inocentada, de saber á quién llamara Nerón, cuando sonaron las altas horas de la noche subsiguiente á esta cordial visita. Pues llamó á Locusta y le propuso el requerimiento de un veneno cualquiera, que diese, no tanto la muerte misma en sí, como una enfermedad mortal, tras la que sobreviniera la muerte, pero sin dejar indicio alguno del siniestro agente que la produjera. Locusta, muy solicitada por Agripina también y de ésta muy devota, expuso la imposibilidad en que se hallaba de componer mixtura semejante con los maleficios pedidos por Nerón, y aun llegó á decir que había procurado á la emperatriz tal número de antídotos y tal especie, que contra ellos se frustrarían los conatos dirigidos á concluir con tan formidable persona por medio del veneno. Era, pues, necesario matarla de otra manera, por una serie de medios ó

procedimientos en cuyas incidencias pereziese la infeliz emperatriz, dejando una convicción, la de haber perecido por la soberana voluntad de los dioses, y no por la voluntad inferior de los hombres, y menos de aquel cínico, puesto por el destino tan arriba, y que le debía, no solamente su propio ser á la víctima, sino la fortuna que le acompañaba por todas partes y la diadema que ceñían sus sienes. Mala de toda maldad Agripina; pero, por mala que una mujer sea, peor mil veces y más condenable y más condenado y más aborrecido el triste parricida, contra quien se sublevan desde los corazones humanos hasta las potestades y las furias del abismo. Así Nerón había por fin resuelto y determinado sus acciones para lo sucesivo so el pensamiento y el propósito de matar á su madre; pero matándola por modo que no trascendiese al público el criminal proyecto, mientras lo apercibía, ni su perpetrador se conociese después de cumplido. Así echóse á discurrir mil medios, cada cual de ellos más disparatado, los cuales iba desechando uno tras otro á causa de aparecérsese su ejecución imposible. Pero no se desasía ni un minuto de su pensamiento capital. Velábasele centellear, como una fulguración y un relampagueo siniestro, los ojos; dibujábasele una especie de repliegue amargo en los labios; prestar á la respiración ese resuello que sale de un pecho fatigoso y ahogado; absorberse hasta desavenirse de sí mismo, entregándose á una meditación, en cuyos hondos senos desaparecía y se abismaba su propio ser entero, bien alejado de aquellas calaveradas que fueran como capital ocupación de su vida. La sentencia fulminada contra su madre se le aparecía más necesaria cada minuto y más insuperables los obstáculos que oponían á ella las resistencias de una realidad espantosa.

Sin embargo, no dejaba de ir al teatro. Como el marino ha menester del estruendo de las olas; como el montañés ha menester del fragor de los montes; como el guerrero ha menester de las batallas y sus terribles incidencias, el cuitado artista necesitaba las sinfonías armoniosas, las escenas animadas, el teatral aparato, el olímpico juego, las batallas de gladiadores, las carreras del circo, los clamoreos de las muchedumbres sobrecitadas, el aplauso parecido á una tempestad, el cruce de las miradas en el espacio, la embriaguez del sentido, los excesos de conmoción y emoción

que procuran y granjean todas las artes á un ánimo exaltado y susceptible, capaz de confundir la realidad con la fábula en sus alucinaciones, generadas por el sacudimiento y la vibración de sus nervios. Así es que, no dejando por nada ni por nadie su asistencia constante á los espectáculos y al teatro, aunque penetrara durante todo este continuo embargo de sus facultades por una superstición superior, como una especie de nefasta sombra, pues hasta el mirar tenía extinguido, así como paralizados é inmóviles todos sus músculos, en cuanto se asentaba sobre alguna sede ó se ponía de pie algún rato. Una estival tarde romana ofrecía el César á sus súbditos fiesta náutica, en que nadaban, dentro de inmenso anfiteatro construído con madera, monstruos marinos de todas clases, luciendo sus escamados lomos y coleteando con agilidad grande, y discurrían enormes naves aparejadas por muy señalados artificios á mudar de forma en un segundo, y tras tal mudanza reintegrarse de nuevo en su pristina figura. Con efecto, uno de aquellos barcos se abrió en dos á su vista; soltó en todas direcciones alimañas feroces que le divirtieron mucho con sus combates; y luego volvió á su anterior estado por manera tan maravillosa y bien dispuesta, que parecía obedecer al impulso de un motor invisible, metido en una máquina, también oculta. Pues he ahí lo que necesitaba Nerón: una industria, de tal modo ideada, que facilitase la grande hazaña del sacrificio é inmolación de su madre, sin que nadie llegase á saberlo, porque se hubiera el mar tragado la víctima y el secreto terrible de quién fuera su espantoso inmolador.

Necesitaba manipuladores de primer orden para esta obra, los cuales supiesen á un tiempo construirla con destino á su particular ministerio y ocultar este ministerio espantoso en aquellas sus hondas entrañas. A este fin escogió uno de sus viejos pedagogos, Aniceto, perteneciente á la familia de su tía Domicia, quien odiaba con una intensidad increíble de odio á la feroz Agripina y deseaba mucho hacerle sentir todo el peso de esta intensísima y añeja pasión. Había siempre buques del Estado en los puertos más próximos á Roma, como la vieja Ostia, y la bellísima Puzzoli, y el recodo tranquilo que al anclaje ofrecía el cabo Miseno y sus tranquilas aguas. Aniceto comandaba estos últimos buques, y en tal mando no podía, por su devoción al emperador, hacer otra cosa que lo

deseado y dispuesto en sus órdenes públicas ó secretas por el emperador mismo, tenido entre todos los suyos por un dios. Aquello que apenas podía decir á su conciencia, se lo dijo sin escrúpulo y sin reserva de ningún género al fiel Aniceto: la construcción de un barco semejante al presentado en la naumaquia, el cual barco por un resorte se abriese y cerrase, lanzando al mar su cargamento y convirtiéndose luego en un cajón cerradísimo, de suerte que nadie sospechara cómo se podía por mágico arte alguna vez abrir. No tenía más oficio Aniceto que obedecer, y obedeció. Era un asombro la embarcación. Estaba hecha de maderas preciosas; esculpida por cinceles helenos; maqueada de multicolores trozos varios como un mosaico antiguo; cubierta de alfombras y tejidos orientales; ornada con los lares domésticos, ante cuyas efigies brillaban las cazoletas litúrgicas hechas de oro; el palo mayor de un aromático árbol indio cortado, que á cien leguas trascendía; las velas de linos semejantes á velos; de marfiles cuajados con pedrería todos los enseres para el servicio: especie de flotante palacio destinado al culto de quien merecía, como señora y madre del emperador, aquella ofrenda, que semejaba celda ó camarín, aparejado para una diosa en ejercicio por un rendido devoto. Nerón tendía su red; fabricaba su telaraña sutil; abría su trampa; enredaba su señuelo con la paciencia de los pescadores á caña, y de los cazadores á lazo, y de los zorros, y de las hienas, y de todos los oficios, y de todas las especies que atisban, husmean, persiguen, sitian, asaltan, apresan y luego destrozan una víctima largo tiempo requerida por todos sus instintos. Parece imposible que se compadeciesen, como se compadecían en él, neurosis y serenidad, desarreglo nervioso y calma completa, las llamas de sus volcanes internos con la frialdad marmórea de su gesto, la pasión exaltada y el cálculo matemático, las garrulidades excesivas del orador y los repliegues del silencio, los arrebatos del demente y la simulación del diplomático, los ímpetus y la espera, en tales combinaciones, que llegó el malvado hasta persuadir á su propia madre, arrastrada por sus halagos y por sus disimulos hasta el abismo, donde al cabo encontraría sin remisión la muerte y la deshonra eternas.

Aparejada ya la nave con todos sus artificios, Nerón se trasladó al vecino pueblo de Bayas, y desde allí escribió á su madre invi-

tándola con cariño á las próximas fiestas de Minerva y prometiéndole un reinado sin fin sobre su pecho sin odios. Humillábase hasta pedirle perdón por los recientes agravios, y le prometía con sinceridad muy bien apañada y fingida las antiguas dominaciones en el palacio y en el pueblo. Como todo aquello estaba tan bien escrito, y de su cumplimiento no existía otra fianza más que la palabra del emperador, creyóla bien mal de su grado Agripina, respondiendo con su aceptación en términos tan cordiales como los términos del convite. Asintió, pues, á lo que Nerón expresaba, cuando decía que, fueran cuales fueran sus mutuos disentimientos, quedaba el indisoluble lazo formado por los amores maternos y la piedad filial entre ambos, tan duraderos como sus respectivas almas y tan inextinguibles en ellos como el calor mismo de la sangre. Tantas muestras de cariño, en contraste tan patente con los recentísimos despegos y aun odios, convencieron á la emperatriz del cambio de su hijo; y ayudado por las halagadoras promesas, el propio amor suyo creyó con facilidad aquello que le convenía creer para continuar en su añeja prosperísima fortuna. Movida de tal convicción, fuése al cercano puerto de Ostia; y desde Ostia zarpó en dirección á Nápoles. ¡Cuán hermosas en aquellos momentos las aguas marinas! Un cielo claro transmitía por todas partes los rayos de un sol heleno, que jaspeaban la superficie celeste del mar, copioso en pintadas conchillas que dejaban grecas como de perlas, y en caracoles que semejaban grandes corales por las orillas, así como poblado de peces que ahora aleteaban bajo las algas violáceas en plateados escaudrones, ahora sacaban el cuerpo como los delfines trazando arcos del color de las amatistas y abriendo surcos, sobre cuyas verdes arrugas se tendían blancos encajes de ligeras y hervidoras espumas. ¡Con qué alegría, tras su larga reclusión en el palacio Antonia, contemplaba la infeliz Agripina, de pie sobre su barco encantadísimo, aquel exceso de la vida que presentaba todos sus halagos y todas sus hechicerías, como para ocultarle que tras sus espaldas le hacía muecas la muerte, resuelta en aquel momento á clavarle sus uñas. Oreada por la brisa; en torrentes de celestial éter y vapores de sales inmersa; suspendida entre aquellos espacios azules, de los cuales uno arriba semejaba inmóvil rotonda de lapislázuli, mientras abajo el otro se movía en rizos y en palpitations ó exhalaba rumores y soplos y mur-

mullos, aparecía como la Galatea de los antiguos idilios sicilianos, sobre su carro de madreperlas con ruedas de nácares, tirado por delfines relucientes y saltadores; rodeada de nereidas parecidas á esfinges y de tritones semejantes á los caballos de Neptuno; escuchando los ecos de amor que lleva en sí cada pliegue de brisa y



Baños de Nerón en Bayas

los conciertos de suave música formados por el dúo entre los vientos y las olas; atezada del mar que le bronceaba, prestándole á la sangre y á las fibras un calor tan placentero que acrecienta la vida. Acompañábanla, como siempre, unos libertos atenienses, quienes recitaron á la vista de tal cuadro y á la cadencia de aquel poema los versos inmortales en que Teócrito describe á Galatea, dulce como un recental de Sicilia, blanca como la leche de los odres etruscos, ligera como la ciervecilla del bosque; huyendo á los requiebros de los cíclopes, cual huyen los ganados al husmeo de los

lobos; dada desde la niñez á coger los jacintos en las praderas para deshojarlos luego sobre las aguas; más grata, si plácida, que un buen sol de invierno y una buena sombra de verano, y más agria, si desapacible, que los racimos de agraces á los dientes. Aquellos idilios, predecesores de la gran tragedia, por tal suerte halagaban el oído de Agripina, recitados al flauteo de los caramillos y al susurro de las brisas, que parecía como de todos sus odios olvidada, y solamente divertida en aquel puro goce de holgarse con cuanto la circuía, proclamando el más dulce y bello entre todos los placeres, el placer de vivir.

Por fin llegó al cabo Miseno, donde la esperaba Nerón. Al verse hijo y madre, se lanzaron uno en brazos del otro con transportes de verdadero amor. Parecía que no se cansaban de besarse, como cuando Agripina era madre feliz y el cachorro, tierno niño, jugaba en sus rodillas. Cumplido el encuentro, en que Nerón se había portado como verdadero actor, sin traicionar ninguno de sus afectos internos y de sus planes parricidas, encamináronse á la quinta de Baules, propiedad de la emperatriz, la cual quinta estaba lejos de aquella en que vivía el emperador; despidiéronse con idénticos afectos á los mostrados en el encuentro; y Nerón aseguró á su madre que muy pronto habrían de reunirse y espaciarse, arrojando al mar todo recuerdo ingrato y apercibiéndose á mejor y más tranquilo porvenir. Nada tan hermoso en el mundo como esta comarca y nada tan maculado por el crimen. Allí construyó Calígula el puente de barcos, empleando toda la marina romana, merced al cual empleo faltaron las expediciones frumentarias habituales para la sustención del pueblo rey, quien se halló muy en peligro de morir de hambre. Allí Calígula se prendó de la luna, pidiéndole que descendiera del cielo á su cama, cual del cielo al mar descendía, y le acompañara, como una esposa fiel, en su diario sueño. Allí los cortesanos de Tiberio que, creyéndole una noche de orgía muerto, se habían prosternado ante su heredero y sucesor, al verle reanimarse redivivo, cual un cadáver puesto de pie por súbita resurrección, le volcaron en el suelo á puñetazos como si fuera un toro bravo, y lo concluyeron y lo remataron ferozmente sin piedad. Amén de todos estos recuerdos tristísimos, asemejábase á una mancebía, pues toda la gente romana perdida hizo de la región aquella os-

tentoso teatro de sus vicios; y entre tantas bellezas del universo, como que resaltaban más las fealdades y horrores del alma pervertida y enferma, pero pocos espacios en el mundo tan bellos por su tierra y tan deslumbradores por su cielo. Desde cabo Minerva y Sorrento á Herculano y Pompeya, desde Pompeya y Herculano á Nápoles ó Parthenope, desde Parthenope á Pausilipo, desde Pausilipo á Puzzoli, desde Puzzoli á Bayas, desde Bayas al Miseno, dilátanse tales paraísos junto á contrastes y bruscos cambios en tal manera y número, que á los paraísos se suman los avernos, cual si quisieran reunir en aquel breve compendio todas las oposiciones del ser y de la vida. Una isla muy armoniosa, cincelada como una vieja estatua griega y circuida por una



Gruta llamada de Nerón y de Agripina cerca de Bayas

greca de corales y algas, que las olas besan y la luz esmalta, frente á una erupción del Vesubio, lanzando rojas humaredas y piedras como aerolitos, cual una tempestad improvisada en cielo serenísimo; un prado de violetas y lirios como grandes incensarios de aire puro junto á las solfataras hirvientes despidiendo gases maléficos que difunden la muerte; al lado de una orla compuesta por jazmines, otra compuesta por azufres, y tras un bosquecillo de mirtos que huelen

y de adelfas que todo lo adornan, un laberinto de subterráneos henchidos por vapores de ázoe y ardiendo con el calor de termales aguas; allá en los lejos del horizonte las nieves perpetuas, entrevistas todas tras un cortinaje de nubes multicolores exhaladas de los cráteres en ejercicio continuo; por lo alto las cresterías y los adarves y las rotondas y las pirámides que coronan cordilleras sembradas de pueblos metidos entre jardines, y en lo bajo la superficie jaspeada del mar tranquilo que lo repite todo en sus cristales y todo lo aroma con sus brisas; componiendo un cuadro, un templo, un concierto tales, que se diría la Naturaleza viva completada por el eterno arte.

— ¡Cuáles hechizos! — decía la emperatriz contemplando, después de haber descansado del viaje y en espera de las misivas del hijo, desde su quinta muy empinada el espectáculo que á sus ojos se presentaba y ofrecía, entre sus damas y sus libertos, embobados todos también. — Es el mar este de las sirenas porque ninguno guarda sus encantos. ¡Cómo la vista se hunde allá en las laderas ornadas de viñas, que un día detuvieron á Baco! Mirad cuál se avanzan hacia el Tirreno los montes, y cómo para evitar un contacto brusco las arenas áureas de playas armoniosas se tienden inmóviles entre las moles violáceas y las movidas aguas celestes. Sobre un arroyuelo, que culebrea como si fuera de cristal ó de plata entre sus orillas de césped, un baño humeante que despide vagas nubes. Diríase cuando se mira el mar en calma que las tempestades han huído por siempre de tal suelo y han callado á su presencia. Diríase que lo llena todo entero con su amor Citerea. El templo de Apolo resplandece allá en las cumbres como un sol colgado al borde obscuro de los abismos; las velas arriban como bandadas de ánades y cisnes al puerto de Puzzoli; Parthenope se ciñe como con una corona formada por los aleteos de las palomas de Venus; las grutas, donde las sibilas han escrito sus libros, abren sus bocas obscurísimas entre bosquecillos semejantes á los Elíseos Campos; desde cabo Miseno á cabo Minerva se tienden pueblos y caseríos que parecen nidos de amores con el volcán sobre sus tejados y el mar lamiendo sus cimientos; uniéndose á esto en mi corazón y en mi memoria las sombras de los progenitores y antepasados que construyeran como mi abuelo Agripa los muelles del Miseno, la junción

del lago Lucrino con el lago Averno, la vía subterránea que conduce á Cumas, las piscinas donde las murenas llevan en el hocico tumbagas de pedrería, todo cuanto con el trabajo y con la industria embellece tanto como completa el universo. Así creo que los mares de aquellos progenitores míos me auxilian, y que viniendo aquí desde las elevadas profundidades del abismo, tráenme su saludable auxilio, y me reconcilian solícitos con el hijo mío para que vuelvan mares y tierras á regirse por mi blanda mano y por mi serena voluntad. Mira cómo se balancea la nave que el amor de Nerón ha construido para servirme y recrearme. Ahora mismo acabo de recibir su invitación y me apercibo á partirme para regalarme, después de haber entrado la noche feliz, en una cena que me tiene preparada, y gozar así de su compañía como de su poder; que aquélla me traerá éste aparejado en el más breve plazo posible. Conozco que algunos de mis libertos están tristes porque diz han tenido esta noche pasada ensueños siniestros que les anunciaban desventuras grandísimas é irreparables, muy cercanas de caer sobre mi frente y aplastarla. Pero yo no creo en tal cosa; y si algo hubiera, todo lo desafío y á todo me arresto, porque quien tiene un temple como mi temple, desea el peligro.

Tomó su litera, pues, y se dirigió á la quinta del emperador, acompañándole una corte muy en armonía y consonancia con su rango. Varias jóvenes muy bellas resaltaban entre concurso tan múltiple, y varios libertos muy fieles dábanle guardia, acariciando armas ocultas que sacarían á cada paso en cuanto amenazara el menor peligro á la persona por ellos protegida. Todo era júbilo en aquella bahía. Tierra helénica eminentemente, celebraba la festividad ateniense por excelencia, celebraba la festividad hermosísima de Minerva. Los montañeses bajaban de lo alto en procesión; los agricultores ceñían de guirnalda las chozas y las cabañas, modestos hogares suyos; las mujeres, vestidas de blanco y coronadas con ramos de olivo, danzaban á compás verdaderamente religioso y litúrgico; los escolares, niños unos, otros mozos, consagrados á esta hermosa divinidad, verdadero genio del saber, animábanlo todo con sus divertidos é inocentes juegos; los maestros, premiados con cuatro días de vacaciones, recitaban versos y discursos en loor de aquella que protegía las escuelas; los navegantes, retenidos en el puerto

por la holganza del comercio en aquellos días, afanábanse mostrando la vestimenta vistosa de los marineros pertenecientes á las tripulaciones que traían á los ojos, en sus aspectos varios, las tribus de los cuatro extremos del horizonte; las escuadras hacían evoluciones, gallardeando sobre las aguas y resaltando en aquel cielo etéreo; los conciertos al aire libre acompañaban el fragor y el estruendo de general alegría; representaban pasillos ó comedias los cómicos ambulantes; untábanse con aromados óleos los atletas dispuestos y ungidos para los ejercicios corporales y los combates cruentos; recitaban versos los poetas improvisadores; y en coros múltiples, acompañados por sinfonías inacabables, discurrían los jóvenes de ambos sexos felices y animados sobre barcas argéneas, con velámenes de seda y cordajes de oro, elevando á las alturas un himno y deshojando tantas flores que hacían como purpúreas las marinas aguas en aquella especie de culto religioso al elemento representado por la diosa Minerva: la idea, que supera y vence la luz en mucho; la idea, verdadero sol del espíritu.

En espaciosos altares y sobre lucientes aras erguíanse relieves simbólicos del nacimiento de Minerva; estatuas pareadas reproducían las dos grandes ciudades, Atenas y Roma, bajo la égida de esta divinidad del saber; pinturas movibles y decoraciones teatrales evocaban el Partenón; figurinas de marfil y de barro presentaban todos los atributos de la hija predilecta del dios Júpiter y todas las diversas actitudes ya consagradas por el viejo culto y el viejo tiempo; disputaban en un lado Minerva y Neptuno, creando éste los caballos ligeros como el céfiro y aquella los olivos que significan la paz y la luz; y una inmensa procesión de vírgenes, vestidas con trajes litúrgicos y portadoras de luces y de coronas, acompañaban la estatua envuelta en velo negro, bordado con estrellas de oro, mientras la precedían heraldos que iban entonando las alabanzas religiosas y la seguían innumerables legionarios á caballo y carros de guerra, sobre los cuales se levantaban el peto, casco y lanza de la divinidad como un erguido y deslumbrante trofeo. Detenida en su marcha por esta intersección de los grupos la emperatriz y por el encuentro de su procesión personal con la procesión de aquella tan reverenciada diosa, llegó tarde, muy tarde, á la hora del anochecer, al palacio de su hijo, todo lleno para recibirla del

aroma de innumerables flores, del concierto de suaves melodías.

— Baja — le dijo Nerón al entrar su madre, — baja de tu litera y ven al seno del hijo amado y del hogar imperial, donde penetras como una madre querida en el cubículo de su familia y como una diosa venerada en el santuario de su divinidad. Las trípodes hermosas de oro arden; las flautas, que parecen regalos del dios Pan, tocan; las bailarinas gaditanas trenzan sus danzas; los sacerdotes ofrecen á los dioses la mirra y el incienso y el hidromel; pelean los atletas; corren por el pavimento las aguas de olor; suben á las alturas esencias aromáticas; un regocijo sin fin lo llena todo porque Nerón te ha reintegrado en tu poder y vuelve á llamarse tu siervo.

— Ya veo que, si bien por todas partes hay espectáculos propios de tu magnificencia y demostrativos del amor que guardas á tu madre amantísima, en la sala del festín y en la mesa del convite nos hallamos los dos solos, demostrando así que solos también, cual en tiempos más felices, vamos á reinar sobre nuestro colosal imperio.

— Toma tú el sitio de honor, Agripina; tócame tenderme á tus pies, amada madre mía.

— Como quieras.

— Ya ves cuánto te amo. Ya ves cómo deseo devolverte al mando y al poder que han querido disputarte mil rivales y mil rivalidades, ignorantes de cómo yo te amo y de cuán resuelto estoy á obedecerte y á seguirte sin reserva ninguna en todo cuanto mandes y ordenes. Perdona, olvida, madre mía, en la seguridad completa de que los antiguos extravíos únicamente servirán en mi recuerdo y en mi remordimiento para unirte conmigo de un modo indisoluble y á tu suerte ligarme por toda una eternidad.



Legionario llevando una enseña

— Permíteme dirigirme á los dioses y darles gracias porque al cabo arrancaron la venda que cubría tus ojos, y te dijeron como no hay en el mundo nada comparable al amor de tu madre.

— Ya lo creo; y por eso quiero consultarte sobre los negocios del imperio y pedirte parecer, en la seguridad completa de que cada consejo tuyo habrá de ser para mí un imperioso mandato.

— Habla, Nerón. Estoy dispuesta siempre á escucharte.

— ¿Qué te parece del Senado? ¿Hay que aumentar su autoridad y su poder?

— Al Senado, ni darle, ni quitarle.

— Los patricios que piensan en la República, ¿deben ser tratados empleando aquella circunspección que guardaran respecto de ellos Augusto y Livia, ó aquella dureza de Tiberio?

— Con circunspección, hijo mío, con mucha circunspección.

— Se notan en Judea síntomas de sublevaciones.

— Usa con los sumisos muchos miramientos y carga la mano sobre los rebeldes.

— En Grecia suspiran muchos por las antiguas ligas aqueas; yo me propongo ir y ofrecerles en celebridad de mi visita las viejas instituciones y la federación.

— Pero más en el nombre que de hecho: un imperio no puede generar repúblicas sin grave miedo de que tal generación lo devore y lo destruya.

— Pienso, madre, si esto te place, pues sin tu pláceme nada yo haría, dilatar el derecho de ciudad hasta los últimos límites del imperio y reconocer en cada hombre las pristinas libertades que les han dado los dioses y que les usurpan los tiranos.

— Razón tienes para expresarte desde un trono como si estuvieras en la tribuna. El imperio, digan cuanto quieran sus enemigos, es una institución de libertad. Haz de Roma el mundo y haz del mundo Roma, para que la tierra y su espíritu se compenetren y se confundan como están confundidos y compenetrados el alma y el cuerpo en nosotros.

— Voy á contarte ahora un secreto de Estado.

— Cuenta.

— No quiero que ignores cosa ninguna entre las ocurridas en los días de los despegos, para que puedas dirigir á tu hijo y al

mundo como te plazca, en los días felices de nuestra reconciliación.

— Habla, pues.

— Ya conoces á Thraseas.

— ¡Vaya si lo conozco!

— Era el único capaz de resucitar la República, porque su virtud no es mera poesía como la virtud de Luciano, ni fraseología y farándula como la virtud de Séneca, sino verdadera y efectiva virtud.

— Así lo creo.

— Pues bien: podremos desembarazarnos de tal hombre que con su ejemplo subleva los ánimos y los concita contra nosotros, porque me consta urde una conspiración; y cuando pueda cogerle con las manos en la masa, yo te prometo que no se reirá de nosotros. Ya te dije cuanto me urgía decirte. Ahora cree, Agripina, en el amor de Nerón y recobra el poder que te devuelvo, tanto más fuerte y duradero, cuanto que una larga experiencia me ha mostrado la completa imposibilidad de nuestra separación, y me mueve á reconciliarme contigo para siempre, volviendo á ser tú lo que eras, diosa de la tierra, y lo que yo también era, rendido siervo tuyo.

Mientras Nerón decía estas cosas y Agripina las escuchaba fuera de sí, creyendo en su completa felicidad, Aniceto apercibía y preparaba el patíbulo flotante donde había de dar la infame su vida. Era ya media noche. Brillaban las estrellas con esplendor no usado. Trascendía el aire á penetrantes aromas. La Vía Láctea en lo infinito del espacio arriba y la fosforescencia de las aguas abajo constituían dos cielos, entre los cuales diríase que solamente podían pasar sucesos bienaventurados. A las estrellas del cielo, á las estelas del mar, á los fosforeos de las gotas que destilaban los remos, al chispear de solfataras y volcanes uníase la iluminación de terrazas y azoteas, las cuales á un tiempo mismo brillaban con intensos resplandores y cantaban por la voz de sus orquestas y de sus coros. Para que nada faltase discurrían sobre la superficie del mar naves, en que se presentaban ofrendas á Diana sobre altares iluminados por suavísimos centelleos; lanchas ornadas con guirnaldas de luces junto á otras obscurísimas, de cuyo centro se

despedían himnos de tan armoniosos ecos, que parecía todo aquello un mundo propio para el olvido de las penas humanas y una continua y viva delicia. Agripina se detuvo hechizada delante del espectáculo que ofrecía Bayas, en aquella noche, muy superior al que ofreciera durante la mañana y la tarde, con ser una y otra tan encantadoras. Parecían luces, aromas, armonías una congruencia de la felicidad interior suya con la felicidad y la ventura del todo. Nerón redobló sus caricias y Agripina sus esperanzas. La emperatriz abrazó al emperador con una efusión que rayaba en demencia; el emperador besó á la emperatriz en los labios, en las mejillas, en los ojos, en el pecho, como cuando era niño, con igual abandono, con igual intensidad, con iguales efusiones, y hasta parecía que con igual obediencia; como si creyese no salía para la muerte aún bastante ciega y engañada su madre.

Al entrar Agripina en su galera libúnica y despedirse del emperador parecía renovarse la escena histórica del arribo de Cleopatra en tiempo de Antonio al seno del Asia Menor y á las riberas del río Cidno. La galera de Agripina, semejante á la galera de Cleopatra, cuando subía en busca de Antonio, era un palacio flotante, digno de los Faraones y de los Ptolomeos. Bajo cierto aspecto parecía un santuario, según los dioses allí juntados y erguidos; bajo otros aspectos un museo y un teatro, según las obras de arte que la ornaban y los regocijos que allí había. Un solio áureo se levantaba sobre la cabeza de Agripina; cojines de púrpura se tendían bajo sus pies; el traje de Venus con todos los requisitos y todos los atributos propios de la incomparable Afrodites envolvía su cuerpo; velámenes de seda tomaban en sus pliegues el viento; remos de plata empujaban aquella fábrica; orquestas, en que iban concertados todos los instrumentos conocidos, levantaban armoniosas sinfonías; grupos de niños con arcos y flechas recordaban los amores; coros de muchachas, las nereidas y las náyades; todo ello circuido por azuladas nubes de aromas, quemados sobre pebeteros de pedería, las cuales nubes daban á la nave un aire de misterio que suspendía los ánimos y al ambiente un olor de mirra é incienso que trastornaba los sentidos. Lo más análogo con la galera de Cleopatra en la mañana de Cidno, esta galera de Agripina en la noche de Bayas. Tendida sobre su lecho, bajo su dosel, ante su

divinidad, tenía su liberto Galo á un lado y á otro lado Aceronia, su criada. Se habían alejado un poco de la costa para ver de lejos la bahía y gozar del aire nocturno embalsamadísimo, cuando de pronto el solio se les viene al grupo capital encima con grandísimo estruendo y no menos pesadumbre. Galo quedó muerto en el acto so tal maderaje; mas las dos mujeres quedaron preservadas del golpe rudo é indemnes por una de las muchas casualidades á que debemos llamar en este mundo milagro. Visto el caso, Aniceto dió la correspondiente orden de abrir en dos el barco. Pero no corresponde á la industria el resultado, y la nave no se divide. Ante tal contrariedad, Aniceto cree necesario sumergir la embarcación, dando contradictorias órdenes, que hacen chocar unos marinos con otros y esparcen la confusión entre todos á una en espantoso barullo. La pobre Aceronia, inspirándose, como suele pasar en semejantes conflictos, del deseo de su conservación, dice á voces que es Agripina, para ver si la salvan ó acorren, pero caen sobre su cuerpo en la obscuridad á este reclamo los tripulantes y la matan á palos. Agripina comprende ya el enigma y se lanza sin miedo al mar.